

Sari, sarong y posahuanque: lienzos envolventes del mundo

“Las mujeres... traen, desde la cintura para abajo, unas mantas gruesas, pintadas y listadas, las cuales llaman en su lengua **zamayaha** y, en la lengua mexicana, **quzuhuahuanqui**.” (Relación de Ayusuchiquilazala, 1580)

“Posahuanque” se nombra hasta la fecha la falda de enredo que visten las mujeres mixtecas del distrito de Jamiltepec, en la costa de Oaxaca. Como lo atestiguan las Relaciones Geográficas del siglo XVI, el término deriva del náhuatl **cozohuahuanqui**, que podemos traducir como ‘rayado de amarillo’. Aunque los posahuanques actuales no muestran hilos de ese color, mantienen una decoración a base de franjas azules, violetas y guindas, y constan de un tejido ancho y largo que se enrolla alrededor de la cintura. Representan el atuendo más sencillo que se conserva en México. Encontramos prendas similares en otras regiones del mundo, donde se envuelve alrededor del cuerpo un lienzo completo, tal como sale del telar.

La simplicidad de estas prendas nos remite a los orígenes del telar en la prehistoria. Unos fragmentos de barro impreso encontrados en el este de Europa parecen ser la evidencia arqueológica más temprana que tenemos de tejidos. Son contemporáneos con las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira y Lascaux, en España y Francia. Hace unos 27,000 años, los cazadores y recolectores que acampaban durante el verano a lo largo de un río al pie de las colinas de Pavlov, en lo que hoy es el sureste de la República Checa, moldeaban figurillas en forma de animales y seres humanos, que después cocían al fuego. Unos cuantos pedazos de esa cerámica muestran la impronta de cestos o telas de fibra vegetal, torcida y tejida en la técnica de enlazado. No queda resto alguno de esos objetos fabricados con materiales orgánicos perecederos, pero su textura quedó impresa en el barro húmedo. Reflejan una fase incipiente en el desarrollo del textil: el enlazado de los hilos no se puede facilitar con el uso de un lizo y otros implementos de tejer, sino que se debe torcer forzosamente con los dedos, como se producen hoy día los mecapales de ixtle en la Sierra Juárez de Oaxaca, siguiendo la misma técnica.

La muestra más temprana de tejido propiamente dicho, hecho con un telar, data de un periodo mucho más reciente y procede del sur de Turquía. En 1993, un fragmento de tela de 9000 años de antigüedad fue excavado en Çayönü, cerca de la fuente del río Tigris. Se conservó por quedar adherido a una herramienta confeccionada con el asta de un ciervo, lo que permitió que las fibras se calcificaran y no se pudrieran.

Se trata de un pequeño resto de tejido sencillo, cuya urdimbre y trama son de lino cultivado. Çayönü es uno de los primeros asentamientos permanentes que se conocen; sus habitantes subsistían de la agricultura, y el sitio ha arrojado la evidencia más antigua de domesticación de animales y las primeras herramientas de metal encontradas hasta ahora. La edificación del pequeño pueblo es sorprendentemente sofisticada, incluyendo un piso de terrazo con piedras cementadas en cobre, y una construcción donde se sacrificaban animales y seres humanos.

Tres mil años más tarde, aparecen en la cuenca del Tigris y el Éufrates estatuillas y grabados que muestran a mujeres sumerias vestidas con un lienzo ancho que envuelve todo el cuerpo, dejando descubierto sólo el hombro y el brazo derecho. Los hombres usaban en esa época una falda de tejido peludo o una zalea de borrego, aunque aparecen desnudos con mayor frecuencia. Cinco milenios después, el atuendo de las mujeres del subcontinente indio y la prenda masculina más frecuente en el sureste de Asia evocan hoy día esos lienzos envolventes de la antigua Mesopotamia. El sari (en hindi **sāṛī**, del sánscrito शाटी, **śāṭī**, 'lienzo'), consta de una sola pieza de tela, tal como sale del telar, que es enrollada elegantemente alrededor de la cintura, dejando libre un extremo para que cubra el pecho y el hombro izquierdo. El sarong (del malayo **sarung**, 'funda') se compone de igual manera de un lienzo largo sin cortar, que envuelve las piernas y las caderas. Prendas análogas se usan también en la Polinesia, el África ecuatorial y Sudamérica. Al exhibir los posahuanques y otras faldas oaxaqueñas junto con sus contrapartes de varias regiones de México y otros países, queremos resaltar de nuevo, como en exposiciones previas del MTO, los paralelos en el arte textil que nos vinculan con diversas culturas del planeta.

Alejandro de Ávila
Curador